

soy yo la causa de tu llanto, la causa de tu dolor y el saber ésto es para mi como un gran pecado cometido que me remuerde, que me hace sufrir al ver que tu sufres, gemir al ver que tu gimes; cese ya tanta tristeza, despéjese ese cielo de tu alma, aparezca ya limpio y reluciente como cielo de primavera, y vuelva el gozo a tu corazón, la risa a tus labios, el brillo a tus pupilas; sé otra vez el pájaro que con voz sonora y armoniosa entona sus cánticos de amor y esperanza apenas sale el sol, que distrae al ceñudo caminante de sus pensamientos melancólicos, que nos hace recordar, a los que estamos cercanos a la muerte, las bellezas de la juventud florida, los encantos que tiene y encierra; sé otra vez faro luminoso que alegra con su luz el corazón marchito y oscuro de este viejo que solo a ti te tiene en el mundo, que solo a ti ama, que solo tu eres su anhelo, su orgullo, su tesoro; y si para ésto es menester romper el compromiso, huir, desaparecer, perder honra y hacienda, yo lo haré gustoso, yo me sacrificaré y lucharé por conseguirlo, hija mia, que

primero eres tú, después tú y siempre tú para mi en esta vida.

-- Perdonadme, padre mio --dijo llorosa Beatriz-- si he sido causa de vuestra tristeza; no os sacrifiqueis por mi, que si Dios quiere que no sea del que amo, es necio desobedecer su designio, oponerse a su omnipotente voluntad. Hoy es noche de San Juan; la próxima cumplirá el plazo que disteis a Don Pedro para entregarle mi mano, si tan enamorado estaba que consiguiera con los brios del amor lo propuesto; si no llega en ese dia, padre mio, es que ha muerto, es que murió luchando por mí, y entonces podreis cumplir con vuestra palabra; y si llegase, si volviese sano y salvo, será mi esposo querido como le prometisteis, como vosotros lo acordaréis.

-- Si, amada Beatriz; obedeciendo a un secreto deber, tenía yo que desposarte con Don Luis de Guzman; pero como tu cariño te inclinaba hacia Don Pedro Zúñiga, si no tan poderoso y rico como Don Luis, no menos noble y de esclarecido linaje y condición, hicimos ese convenio de que Don Pedro adquiriria fortuna peleando contra el moro y ven-

dria el próximo día de San Juan, y si para este día no había vuelto, serias esposa de Don Luis.

II

La noche había tendido su oscuro manto sobre la faz de la tierra, y por el balcón de un lejano monte asomaba la luna su cara redonda y resplandeciente. Veiase, muy pequeñas por la distancia, casi como estrellas, lumbres que ardian a la puerta de tal o cual cabaña o caserío, esparcidos por las faldas de una montaña o en la cumbre de un agreste cerro. Oíase, de vez en cuando, el canto melancólico de un pastor que, con ojo avizor, cuidaba de su manada de mansas y tranquilas ovejas, que en el reposo de la noche dejaban oír sus balidos lastimeros.

Beatriz, asomada a la ventana, fijos los ojos en el cielo, la faz suplicante, sin que el encanto misterioso del magnifico paisaje la distrajera, pensaba en aquella tierra llena de peligrosas acechanzas, traidora e indomable, donde metido en horrorosas lides, en terribles batallas cuerpo a cuerpo, se hallaba su amante caballero luchando por conseguirla. Se representaba en su

imaginación el campo de batalla, que antes fuera de paz y amenidad, en el momento en que los encarnizados enemigos estaban frente a frente, pugnando por ganar un palmo de tierra, con fiero y valiente empuje, y herian con sus cortantes espadas y agudas lanzas y sin miedo ni temor se situaban en lo mas reñido y despreciando sus heridas, sin sentir dolor alguno, continuaban matando, hasta que caian amigos y contrarios confundidos y eran pisoteados por la caballeria; y luego en aquel campo, después de ganada la contienda, todo era desolación y muerte, amasijo de carne y sangre humana con la tierra insensible...; La tragedia había terminado!

Beatriz se horrorizaba de sus propios pensamientos, creyendo ver caer herido a su amante, o viéndole prisionero de la cruel y despiadada soldadesca morisca, y con voz quejumbrosa y los ojos llenos de lágrimas tan amargas como la tuera, exclamaba mirando hacia arriba, pidiendo a Dios:

—Tened piedad de él, Señor! ; Padezca yo grandes tormentos, séquense mis ojos de llorar, huya el color de mis mejillas, queden sin sangre mis

venas, sin aliento mi cuerpo, sin alegría mi alma, pero sálvame, que no muera, que no sufra, que no caiga cautivo de sus enemigos!
¡Oh, Dios mío --sollozaba la infeliz-- que todo lo que hubiere de padecer ~~en~~ lo padezca yo; que vuelva pronto salvo, y traiga tranquilidad a mi corazón, sosiego a mi espíritu; que vuelvan con él aquellos días felices, aquellas horas inolvidables de amor y entusiasmo, gozando con nuestro inocente y casto cariño!

Creía escuchar el acelerado pisar de un caballo y, mas tarde, un silbido muy conocido de ella, muy esperado antes, muy deseado ahora; asomaba su cabeza anhelante, creyendo que se encontraría con el adorado Romeo...; pero luego, decepcionada, volvía a sentarse y a mirar al cielo, comprendiendo que todo era ilusión de sus oídos, de su ser enamorado.

Segunda noche de San Juan

I

-- ¡Hija! ¡Hija!, ya sé que lloras porque no ha vuelto tu amado, porque has de sacrificarte uniéndote a quien no quieres; por mi causa eres desgraciada, infeliz; por mi causa, tu, que naciste para ser reina de la alegría, eres esclava del dolor y la tristeza; pero yo, hija adorada, sabré darte la paz que no tienes, sabré traer a tu corazón ya marchito su primera lozania, sabré arrancar de tu alma esa áspera amargura para rociar en ella la dulzura de una felicidad intermisible: yo hablaré a Don Luis confiado en su buena fé y entendimiento; yo le suplicaré, le lloraré hasta convencerlo; y si no, aunque viejo, sabré defender tu dicha con el filo de mi espada, sabré perder mi poderío, mi honor sin mancha, este honor inhumano que nos hace sus esclavos en el mundo; este honor cortesano que para nada sirve y para todo estorba y tranquilizaré mi alma, mi conciencia, cumpliré con mi Dios que me manda ^{no} hacerte desdichada: que el verdadero

honor es saber sumplir lo que dicta nuestro corazón, lo que nos dice Dios, no lo que imponen los hombres.

Esto decía Don Fernando a su hija, que le escuchaba callada y silenciosa, como si pensamientos más profundos le embargaran.

Era ya entrada la noche, la noche fatídica y aciaga en que cumplía el plazo dado a su galán y, éste, no había aparecido; ya se acercaba el momento trágico para su corazón, el momento en que llegaría Don Luis a exigir que fuera cumplida la empeñada palabra...

Suena el galope valiente de un caballo que se acerca, se oye una llamada apremiosa en la puerta y luego la voz de Don Luis que pide ver al padre de Beatriz.

Mira Don Fernando a su hija que palidece y con voz también emocionada, mientras le brillan de un modo extraño las pupilas, le dice:

--Hija mía, retírate; tu padre sabe muy bien lo que ha de hacer; ¡tu padre te quiere mucho!

Beatriz le mira, quédase un momento observando la actitud del anciano hidalgo, cuyas fac-

ciones retratan una nobleza sin igual, y sale del regio aposento llena de mil contrarios pensamientos.

Entró el orgulloso y opulento magnate, vástago glorioso de los Guzmanes, descendientes de aquél muy famoso héroe del mismo apellido que es conocido en la Historia con el apelativo de el Bueno; entró, digo, haciendo una cumplida reverencia, y dirigióse a Don Fernando, que venia a su encuentro decidido a entablar la lucha.

II

--Sentaos, mi querido Don Luis--dijo el anciano-- y explicadme el objeto de vuestra visita.

--Es muy raro --habló éste-- que no os imaginéis a que vengo; pero ya que ésto es así, expondré el motivo: Cabalmente hace hoy los dos años que disteis de plazo para venir de aquellas lejanas tierras a desposarse con vuestra hija a Don Pedro; hoy, exactamente, expira y ya que no ha dado ni señales de vida, que no ha vuelto, que parece haber olvidado esta fecha, yo, con la autorización que me disteis, de vuestra palabra, he venido a pedir la mano de vuestra hija, confiado en que

como noble caballero que sois, sabreis cumplir vuestra promesa.

Calló y quedóse mirando fijamente a Don Fernando que, con voz firme, le respondia:

--Ciertamente que os di mi palabra, Don Luis; ciertamente que quedamos los tres conformes y gustosos; ciertamente que yo cumpliria también esta palabra si tan solo de mi dependiera...

-- ¿Que insinuais?

-- Don Luis --replicó suavemente-- nosotros nos pusimos de acuerdo sin consultar a quien mas interesaba; nosotros dispusimos todo aquello a capricho, sin pensar que era otra persona la mas autorizada para escoger, que era Beatriz la que debía aclarar la cuestión eligiendo a su placer a quien mas le satisficiera: pero con ceguedad harto grave usurpamos su voto y, ésto, es la causa hoy de mi negación, pues no puedo consentir que mi hija muera de tristeza, que sufra y padezca al lado del que no ama.

-- Según eso, no cumplireis lo prometido !-- exclamó con rabia.

-- Ya os lo he dicho; bien quisiera yo complaceros, pero no puedo

-- ¡Ah! Imagino que ésto lo habéis pensado por la mala voluntad que me teneis, por aquella enemistad... Pero yo haré que se sepan cosas... ¡Y vive Dios que me las pagareis, Don Fernando!

-- Con noble sinceridad, orgulloso caballero, le he expuesto mis razones, mucho mas hondas de lo que vuestra superficialidad puede creer --dijo el venerable anciano; y sacando luego su reluciente espada, continuó--: Pero ya que os empeñais en forzar mi voluntad a lo que hubiese expuesto por razones contundentes a tener menos edad, os haré ver, a pesar de mis años, que aún queda en mi aquella sangre que fuera terror de ~~mis~~ enemigos en mis ya pasado tiempos.

-- Yo abatiré tus bravuconadas, detestable viejo -- gritó el de Guzman llegándose a dónde estaba el otro; pero en aquel instante se abrió la puerta y entró Beatriz, vestida de blanco, mas bella y hermosa que nunca. Quedarónse suspensos los dos, sin saber que hacer ni que decir: ella dirigiéndose a su padre, dijo:

-- Salid, que yo he de hablar con Don Luis de Guzman.

Al ver la decisión y firmeza de su hija, obedeció abandonando la estancia.

I I I

Algo turbado esperó Don Luis las palabras de ella, que había quedado silenciosa sin saber como empezar; todos los bríos, toda la decisión que traía, apagóse de pronto al quedarse solos, al marcharse su padre; quería hablar y su garganta no emitía ningún sonido; toda la muchedumbre de ideas y palabras con que pensaba conmovér al magnate, se fueron como polvo y humo... Solo una amargura muy grande sentía.

-- Decid lo que deseáis de mi persona, bella Beatriz -- dijo D. Luis ya algo impaciente -- ; explicadme vuestra actitud, vuestras palabras, que si algo necesitáis y en mi mano está el conseguirlo, podéis contar con ello.

-- No quería otra cosa -- habló ella alzando los ojos -- que explicaros tan solo por que mi padre se ha negado a vuestra petición; pero ahora no sé como decirlo, no sé como dar forma a mi ideas, como hacerle ver esa razón verdadera.

-- No os comprendo.

Yo estoy dispuesta a que mi pa-

dre cumpla su palabra, yo estoy dispuesta, desoyendo mi corazón, a unirme con vos, caballero; yo cumpliría todo esto ¿sabe?, yo lo cumpliría sin exhalar una queja, sin demostrar ningún dolor; yo sería esposa suya, gozaríais de mi cuerpo, tendríais libre posesión de mi...; Pero esta posesión sería solo, ya lo he dicho, de mi cuerpo, de lo único que podría entregaros, porque mi alma, el aliento de mi vida, no podría daroslo aunque quisiera porque ese no entiende de promesas ni esclavitud, porque ese es libre, dueño de sí mismo y solo se entrega al que ama o a Dios. ¿Comprendéis ahora? Si solo me deseáis como algo agradable a los sentidos; si vuestro cariño es tan solo por mi belleza, de nada servirán estas palabras; pero si por mi sentís un amor mas elevado, si quereis tenerme a mi misma no a esta mudable vestidura de mi carne, no violentareis mi inclinación, pues que mi voluntad es para otro, y aunque vos llegueis a ser esposo mio, el lo sería de mi alma, de mi corazón, el sería mi verdadero esposo.

Calló y miró a Don Luis que estaba con la cabeza baja y pensativo. Continuó despues de un silen-

cio lúgubre:

-- Además, para vuestra nobleza será baldón y mancha indelebles; para vuestra conciencia remordimiento continuo, al verme fría y callada, pensativa, triste, como flor marchita que nunca vuelve a ver el astro que le dá vida. Unavez complacido vuestro deseo, mas os serviría de estorbo que de placer, y al no hacer os las caricias que una enamorada esposa prodiga al marido, os faltaria calor en el hogar, cariño, siendo yo cual un castigo para vos. En cambio si, haciendo honor a vuestra noble condición, renunciarais a mi mano, dándome así la vida, ¡cuán contrarios serían los sucesos! Vuestro corazón, aunque sintiera dolor, no podia menos que alegrarse al verme recobrar mi alegría; no podia menos que complacerse al verme complacida (que así es el verdadero amor); y vuestro grande y liberal sacrificio os haria dichoso al decir os vos mismo, interiormente: "Por mi es ella feliz, por mi goza, por mi luce esa sonrisa en sus labios, ese brillo en sus ojos". Y Yo, agradecida, os tendria buena voluntad, os tendria un cariño que ahora

no os tengo, un cariño así como de hermano; os querria como se quiere a una persona que de la muerte no sacara a la vida, de las tinieblas a la luz, del dolor, al gozo. Y este mismo sacrificio, caballero, sería el mejor blasón para su alma, por haber hecho esa dolorosa renuncia por conseguir el bien al ser amado.

Levantóse Don Luis y sin decir nada y muy de prisa se fué hacia la puerta.

--¿A donde vais, caballero ¿- le preguntó Beatriz.

-- A cumplir con mi deber -contestó sin mirarla-; que si continuo a vuestro lado, si sigo oyendo su voz y admirando sus encantos, no podré hacer esta renuncia amarga a que vuestras palabras me han movido.

Y con paso acelerado salió de la estancia, oyendose poco después el trote de un brioso corcel que se marchaba...

Tercera noche de San Juan

I

-- ¿A que viene este regocijo, esta fiesta, esta algazara? ¿Es por ventura vuestro patrón San Juan?

-- Señor forastero -respondiolo el mozo de la posada -no es hoy la solemnidad de nuestro patrón, como decís, pues es San Jorge; lo que ocurre, caballero, es otra cosa: Hoy se casa la bellisima, hermosisima y honestisima doncella Doña Beatiz Perez con el hidalgo Don Pedro Zúñiga, que ha poco vino de tierras de moros riquísimo para celebrar su unión con ella, que le estaba prometida.

-- Y dices que vino muy rico?

-- Si, señor; tan rico que hoy es el caballero mas poderoso de esta tierra. Y el caso mas particular de esta boda es que ella debiera ser hoy la esposa de otro señor que hace mucho tiempo que desapareció.

-- No entiendo.

-- Pues está claro como el agua. Por palabra habiala prometido el padre a ese otro llamado Don Luis de Guzman, dándole al que hoy se casa un plazo de tres años para volver rico, o de lo contrario no seria esposo de su hija. Fuese este a la lucha, pero la desgracia le hizo caer prisionero y no pudo venir el dia de San Juan del pasado año, en que terminaba el plazo dado, por lo cual ella debia pertenecer a Don Luis; pero en contra de lo que se esperaba, y sin que nadie supiese el motivo, después de haber visitado a Doña Beatriz, fuese de su palacio y dicen que le han visto allá por tierras lejanas, luchando contra la morisma. Pero entremos a verla a la Iglesia, que me imagino que vuestra merced no habrá visto mujer como ella.

Entró el forastero a la Iglesia seguido del locuaz mozo, y dando empujones aquí, codazos allá, lograron llegar hasta cerca del altar donde estaban celebrando la ceremonia. Hizose el forastero, interiormente, la confesión de que jamás mujer alguna habia podido ver que igualara a esta en ser tan hermosa, tan bella, como era

Beatriz, algo emocionada en aquellos instantes, algo ruborizada, pero con una sonrisa que parecía la dulzura misma.

Después de terminado el casamiento salieron los desposados a la calle, donde sus amigos, deudos y criados recibieronlos con vítores y aplausos, haciendoles escolta hasta el palacio donde habitaban y en donde habia preparada una exótica fiesta para divertimento y placer de todos.

Con la mirada siguió a los dichosos esposos un hombre de aspecto humilde, vestido de peregrino; cuando desaparecieron de su vista, mientras que dos lágrimas corrian por su rostro, dijo:

-- ¡Por mi es ella feliz! Veraderamente tenía razón cuando me anunció que la propia tristeza de mi renuncia sería el mejor y mas sano placer que tendría; que "este mismo sacrificio sería el mejor blasón para mi alma", porque el verdadero amor, ahora lo comprendo, tiende siempre a conseguir el bien al ser amado.

En esto había anochecido, y el peregrino retiróse no se sabe donde, y los enamorados consortes entraron de lleno en su felicidad,

en esta tercera y mas afortunada noche de San Juan.

Octubre 1.953.